

## MÁS ALLÁ DEL DETERMINISMO PSÍQUICO.

«No importa en qué punto de la vida te encuentres,  
siempre hay viaje por delante.»  
Nelson Mandela.

Paracelso<sup>1</sup>, meditando sobre el hecho de que la vida recorre un ciclo invariante que va desde el nacimiento hasta la muerte, llegó a la conclusión de que todas las vidas duraban lo mismo. Es una idea profunda y desconcertante; oscura, pero al mismo tiempo iluminadora: «Independientemente de si quien muere es niño o anciano, su vida siempre habrá durado *una vida*.» Es un pensamiento que tiene la belleza de presentarnos a la vida como una «unidad de medida»; completa en sí misma; que empieza y termina, y no depende de la duración.

No importa si la vida es más o menos larga, como tampoco importa la duración de una canción, de un cuento, de un libro o de una película. Como en el voleibol, el punto comienza cuando la pelota se lanza al aire y termina cuando toca el suelo; ambos equipos intentan que eso no suceda de su lado y, como resultado de ese esfuerzo, el punto podrá resultar emocionante o aburrido, pero lo que lo hace interesante no es la duración.

Siguiendo esta idea, podemos pensar que una vida que no ha terminado es como una «opera inconclusa»... algo incompleto que todavía no alcanza a ser *una vida*. La *muerte* –que es la antítesis de la vida– al mismo tiempo que termina la vida, la completa. Solo a partir de entonces, «la vida que fue» comienza a ser «lo que es»: *una vida*. Recién con la muerte, paradójicamente, la vida adquiere su sentido pleno. De modo que el final de una vida es también *su finalidad*; lo que la realiza y le confiere su sentido.

Este pensamiento parece armonizar con las agudas especulaciones de Freud (1920g) que nos presentan a la vida como una mezcla de vida y muerte. «La pulsión muda», actuando en silencio, esfuerza a la vida para encontrar la muerte. Pero no una muerte cualquiera, sino una muerte *en particular*. Como el salmón que, para desovar, lucha por regresar a su preciso lugar natal<sup>2</sup>, Eros busca vivir lo suficiente como para poder satisfacer a Tánatos y permitirle morir «a su manera». Así, Eros y Tánatos mezclados, al mismo tiempo que nos conducen a *esa* muerte, nos esfuerzan a intentar sobrevivir a todas las otras muertes posibles. Se trata, entonces, de una lucha por *sobrevivir para morir*, en la que la vida busca *realizarse en la muerte*... a su manera.

---

<sup>1</sup> Theophrastus Bombast von Hohenheim (n.1493-1541), conocido como Paracelso, fue un alquimista, médico y astrólogo suizo. (Citado por Weizsaecker, 1951.)

<sup>2</sup> La metáfora es de Freud (Ibíd.).

Esta lucha, presente desde el principio de la vida, es también *el principio vital*, es decir, su razón de ser. Así iluminados, el principio y el fin que temporalmente enmarcan *una vida*, son también, respectivamente, su razón de ser y su sentido.

Jesús Cristo tuvo que morir en la cruz para poder resucitar en el espíritu de los que creyeron en él; otra hubiera sido la historia de Occidente si su vida hubiera continuado hasta la vejez. John Kennedy, Ernesto «Che» Guevara, Evita, Marilyn Monroe, Martin Luther King, o John Lennon, no serían los íconos culturales que son si no hubieran muerto cómo y cuándo murieron. Si Carlos Gardel hubiera vivido tanto como Roberto Goyeneche, hoy no diríamos que «cada día canta mejor».

Si bien es cierto que la idea de un «destino tempranamente truncado» favorece la idealización, creo que esa no es la cuestión; hay algo más. Mahatma Gandhi no representaría lo que representa hoy si hubiera muerto joven; pero tampoco sería lo que es, si aún siguiera con vida.

Se suele decir que «mientras hay vida hay esperanza» porque lo que «por ahora» es, aún puede cambiar y transformarse en algo distinto. La vida entendida como «lo que está vivo», aún incompleta, aquella que nunca murió, es lo contrario de la muerte porque ella es, todavía, *posibilidad* –incluso la posibilidad de la muerte–. Pero cuando *una vida* se completa deja de ser una posibilidad para ser solo lo que es: *una vida*. La muerte, entonces, descarta esas *otras vidas posibles*. Mientras los vivos son mortales, los muertos son inmortales.

De modo que una vez que se presenta la muerte ya no hay posibilidad de cambio y un determinado sentido para esa vida se completa inmutable –e inmortal–, dejando afuera todas las otras posibilidades que no fueron. Recién entonces, podremos juzgar a esa vida por su sentido –hasta donde alcancemos a comprenderlo–. Podremos pensar que es una buena vida o una mala; una vida realizada o fallida. Lo más interesante es que la consideración que hagamos acerca de esa vida no depende sólo de la manera en que el sujeto la *vivió*, sino también de la manera en que *murió*; porque una *muerte* distinta hace de la *vida* algo distinto.

Pensemos, por ejemplo, qué distinta hubiera sido, por ejemplo, la vida de Fidel Castro –y quizás la nuestra– si hubiera muerto asesinado por la CIA durante la «crisis de los misiles», en plena guerra fría. No cabe duda de que la perduración de su vida terminó por aniquilar gran parte de ese espíritu revolucionario y justiciero que supo encarnar en su juventud –a pesar de los forzados intentos de conservar la ropa de combate–. Para bien o para mal, la muerte que «no se presentó a tiempo», impidió que se completase *una vida* que hubiera sido *posible*; un determinado sentido que no fue. Su lento apagarse en vejez, seguramente confirió a su vida otro sentido, muy distinto, que quizás la perspectiva del tiempo nos permitirá esclarecer mejor en un futuro.

Otras veces contemplamos una vida y, como en esas películas cuyos finales no están bien resueltos y que podrían haber terminado cinco minutos antes o diez minutos

después, no acertamos a comprender qué sentido le otorga una particular forma de morir. Tenemos la sensación de que algo queda *no-realizado*; por ejemplo, frente a la muerte de un joven, que suponíamos que debería haber vivido más. Resulta inevitable, entonces, que nos preguntemos: ¿por qué murió?

Esta misma pregunta también podemos formularla frente a casi cualquier muerte, o incluso, anticipadamente, por ejemplo, frente a una grave enfermedad que parece conducir a una muy posible muerte. O también frente a una enfermedad menor, o a un aspecto del carácter que amenazan arruinar mejores posibilidades para esa vida. O incluso mucho antes... cuando las fuerzas que podrían determinar una dirección para esa vida se dejan entrever en pequeños sucesos.

El psicoanálisis nos ha demostrado la utilidad de adoptar la hipótesis de que detrás de esos eventos, aparentemente contingentes o absurdos, siempre hay un sentido inconciente (Freud, 1915e; 1940a [1938]). Suponemos, entonces que esos eventos están determinados por una intención inconciente, que concebimos como un deseo nacido de un afecto (Chiozza, G., 2003b). Esquemáticamente, suponemos que el que muere, *desea* morir porque *siente* que lo que le pasa en su vida es «como para morirse». Y lo propio pensamos de quien enferma, se accidenta o se queja. A partir de esta hipótesis inicial con la que nos acercamos a esa vida, luego vamos desentrañando los matices más específicos de ese deseo en particular, y del afecto que le da origen.

Pero, como sostuve en otra oportunidad (2000b), todavía podemos llevar nuestra hipótesis un poco más lejos: más allá del determinismo psíquico. Podemos considerar a la motivación inconciente que sostiene la enfermedad como surgida, a su vez, de un malentendido (Chiozza, L., 1983e; 1986c). Comprender a la enfermedad como un equívoco hace que la pregunta «¿por qué ha sucedido?» adquiera una connotación trágica. Pero también infunde una nota de esperanza; pensamos que si el paciente pudiera ver las cosas de otra manera, no sentiría lo que siente y, entonces, no desearía –ni necesitaría– enfermar.

Esta esperanza es la razón de ser de nuestro intento. Sentimos el deseo de *intervenir* en ese drama para deshacer el equívoco; para convertir la tragedia en una comedia, en la cual el personaje termine *mejor* de lo que comenzó. Pensar los dramas en términos de malentendidos nos infunde la convicción de que *todo siempre puede ser mejor*. Mientras haya vida, siempre está la posibilidad de comprender y cambiar.

Como sostuve en otra oportunidad (Chiozza, G., 2000b; 2005b [2004]), de la única manera que podemos traer a la conciencia algo que el paciente rechaza es logrando, primero, deshacer el malentendido que lo lleva a reprimir<sup>3</sup>. Lograr que la conciencia pueda «ver» lo reprimido, con otros «ojos» y darle un significado nuevo. Resignificar, entonces, es deshacer un malentendido.

---

<sup>3</sup> Es lo que llamé malentendido primario y lo equiparé con el concepto freudiano de represión primordial (Chiozza, G., 2000b; 2005b [2004]).

La razón de ser del psicoanálisis es intentar impedir que un significado equívoco –representante de tánatos– se complete; tratamos de abrir un significado nuevo, mejor y más complejo. Intentamos que «la pelota no toque el suelo», que «siga en el aire un poco más», para que esa vida tenga la oportunidad de realizarse mejor. En otras palabras, intentamos introducir complejidad en algo que tiende a la simplificación; movilidad en lo que tiende al reposo. Para el paciente, esta manera nueva de «entender» su drama será –como Eros– una nueva dificultad a resolver; una nueva complicación que deberá agotarse viviendo un poco más.

Es intentar dar un paso adelante por un camino nuevo, distinto al de la enfermedad. Recuperar la curiosidad y las ganas por lo que la vida nos deparará mañana. Abrir los ojos a nuevos horizontes; a una esperanza nueva... «Sobrevivir... Seguir respirando... porque mañana el sol saldrá y quién sabe lo que traerá la marea»<sup>4</sup>.

A veces lo mejor es enemigo de lo posible. Pero cuando no se puede «lo mejor» quizás «lo menos malo» pueda ser suficiente. Puede que algunas veces tampoco esto sea posible, pero, como sostiene Chiozza (1981f), ¿acaso al intento... le importa la imposibilidad?

## BIBLIOGRAFÍA

CHIOZZA, Gustavo, 2000b

“Lo inconciente y lo des-conocido”, Simposio 2000, Fundación LUIS CHIOZZA, Buenos Aires, 2000.

CHIOZZA, Gustavo, 2003b

“El deseo y el afecto. Dos aspectos de la sensación”, Simposio 2003, Fundación Luis Chiozza, Bs. As., enero de 2003.

CHIOZZA, Gustavo, 2005b [2004]

“Fundamentos epistemológicos del Psicoanálisis”, Simposio 2005, Fundación Luis Chiozza, Bs. As., 2005.

CHIOZZA, Luis, 1981f

“Entre la nostalgia y el anhelo. Un ensayo acerca de la vinculación entre la noción de tiempo y la melancolía”.

CHIOZZA, Luis, 1983e

“La paradoja, la falacia y el malentendido como contrasentido de la interpretación psicoanalítica”, en *Hacia una teoría del arte psicoanalítico*, Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998, pág. 261-277.

CHIOZZA, Luis, 1986c

“El malentendido”, en *Opiniones sobre la Psicología*, Gregorio Klimovsky, Marcos Aguinis, Luis Chiozza, Joel Zac, Raúl Serroni-Copello. Ediciones ADIP, Buenos Aires, 1986.

FREUD, Sigmund, 1915e

“Lo inconciente”, en *Freud obras completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976.

FREUD, Sigmund, 1920g

---

<sup>4</sup> Tomado del film *El naufrago* (Zemeckis, R. , 2000).

*Más allá del principio del placer*, en *Freud obras completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976.

FREUD, Sigmund, 1940a [1938]

*Esquema de psicoanálisis*, en *Freud obras completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976.

WEIZSÄCKER, Viktor von, 1951

*El Hombre Enfermo*, Editor Luis Miracle, Barcelona, 1956.